



XIII.

LA BOLA DE NIEVE.

AL día siguiente fué don Frutos á casa de don Román, y le halló en la huerta, paseándose desazonado y triste.

—¿Sabe usted lo ocurrido anoche? —le preguntó.

—Nada ignoro, señor don Frutos—le respondió el caballero.

—Y ¿qué le parece á usted?

—Que me siento avergonzado, como si fuera yo el delincuente y no una de las víctimas del infame complot.

—¿Luego usted sigue creyendo que le hay?

—Á no estar ciego...

—Pero, señor don Román, yo no puedo acabar de comprender qué fines guían á esos infelices.

—Esos infelices son ciegos instrumentos de cuatro bribones que los han seducido.

—Y ¿cómo es posible eso en tan poco tiem-

po? ¿Cómo se ha obrado tan rápidamente esa transformación?

—En virtud de un aparente absurdo que es, sin embargo, un hecho notorio en todas partes; en virtud de esa fuerza misteriosa que es impotente contra la debilidad de un hombre solo, y conquista y avasalla á un pueblo entero en un instante.

—Pero los beneficios recibidos... la gratitud...

—¡La gratitud!...

—¿Duda usted que la conozcan?

—No dudo: lo niego.

—¡Cáspita, don Román, me parece demasiado eso!... y no lo digo por lo que está pasando en este pueblo... Pero tanto como negarles en absoluto ese sentimiento...

—Señor don Frutos, una cuerda no vibra lo mismo tendida sobre tosco madero que sobre pulida caja.

—Cierto es; pero no caigo...

—Esto quiere decir que lo que usted y yo entendemos por agradecimiento, no se parece en nada á esa misma virtud sentida por ellos.

—Es verdad; les falta la educación, que viene á ser, siguiendo el símil de usted, la caja armónica de esa y otras cuerdas semejantes.

—Cabal.

—Pero así y todo: el respeto que *todavía* le

conservan á usted, prueba que los beneficios recibidos...

—Señor don Frutos, vive usted en una lamentable equivocación si cree que el respeto que me ha guardado esta gente hasta hoy, es obra de mis beneficios.

—De ellos y de la posición social de usted...

—Error también, amigo mío. Estos hombres no piensan, ni ven, ni sienten como nosotros; viven adheridos á la costra de los sucesos, y, á lo sumo, escarban en ella, pero no ahondan; juzgan con los sentidos, y no ven más allá del reducidísimo círculo de sus ideas, por necesidad mezquinas y personales, como sus hábitos y tendencias. Por eso, señor don Frutos, á estos hombres no se les domina por el prestigio del saber ni de la alcurnia, ni aun por el interés de la dádiva: hay que penetrar en su terreno, bajarse hasta ellos, asimilarse, digámoslo así, su propia naturaleza, y después aventajarlos en todo... hasta en fuerza bruta. Así llegué yo á dominarlos... y así se les ha dominado siempre en todas partes. ¿Quién ha arrastrado á las masas populares lejos de sus deberes, ó hasta la más sublime epopeya? Hombres de su misma estofa; jamás el atildado razonamiento del tribuno desconocido, ni el ostentoso relumbrón del *personaje*.

—Concedido; pero entonces ¿cómo se expli-

ca que esta vez se hayan dejado convencer tan pronto, aun contra la realidad de los hechos?

—Porque los elegidos para predicadores son hombres de su misma condición; diestros en la elección de armas y terreno para dar la batalla con buen éxito... Y ¿cómo estos infelices que, además de ser suspicaces por ignorantes, son montañeses, ó lo que es lo mismo, dos veces suspicaces, han de dudar hoy que usted es un hipócrita y yo un tirano, si hay quien se lo asegura y se lo demuestra con testimonios, aunque falsos, en la taberna, en la calle, en la mies... en todas partes y á todas horas!

—¡Qué indignidad!

—No es, por tanto, don Frutos, la caída lo que á mí me sorprende, pues siempre la juzgué posible por lo mismo que conozco muy bien la condición de los caídos: lo que me admira, lo que me asombra, lo que me espanta, es que haya hombres tan infames que se complazcan en arrastrar á la perdición á estos ignorantes que vivían felices en su estado.

—Si combatiendo el mal con un poco de habilidad...

—Sería perder el tiempo. Piedra que rueda al abismo, podrá detenerse, pero no retrocederá; y si se detiene, caerá á la menor presión que se ejerza sobre ella. ¡Ruegue usted á Dios que la total caída no ocurra mucho antes de lo

que temo, y no presencie Coteruco el espectáculo de su completa ruína!

—No es creíble, don Román, que eso suceda tan rápidamente y sin que nos dé tiempo para... ¡caramba! siquiera para luchar con gloria.

—Vea usted lo que hemos caminado en poco más de una semana. La taberna, antes abandonada, no se cierra; las borracheras se siguen y se alcanzan; el escándalo es el estado ordinario del pueblo; la blasfemia se ha echado á la calle, y el desenfreno del vicio y de la rebeldía ha llegado á su colmo anoche, apedreándolo á usted las ventanas... De manera que, á poco que extraños elementos ayuden, como por desgracia ayudarán en breve...

—Cierto; pero...

—Note usted que se ha elegido la cuaresma para consumir esos actos de barbarie.

—No lo niego.

—Es decir, que anda en el negocio una mano experta en el mal; y no cabe duda de que en el propósito de recoger el fruto á todo trance, se ha herido al árbol en el corazón.

—Pues yo, don Román, á pesar de todo, venía con el ánimo de que llegáramos á un acuerdo sobre el caso.

—Y ¿qué acuerdo cabe, señor don Frutos?

—Tal vez trabajando usted sobre los que vienen aquí por la noche...

—¡Si ya no viene nadie... ó como si nadie viniera! Vienen unos pocos, por cumplir y de mala gana, y como luchando entre la verdad y la calumnia, á juzgar por la cara que me ponen. Á la menor palabra mía que no les halagara, tomándola por disculpa, irían á reunirse con los de la taberna. ¡Si le aseguro á usted que no sé cómo mirarlos, en mi afán de contener el desastre, y hasta llevo á parecer yo el delincuente y no la víctima! ¡Con qué pena los veo, don Frutos, caminar al abismo con la venda sobre los ojos! ¡Sangre mía que fueran, no me causara su perdición tan honda pesadumbre!

—¡Y cómo no, señor don Román, si su felicidad era obra de usted?... Pues juzgue usted ahora lo que á mí me pasa. Toco la campana todas las noches al rosario y á la doctrina... Como si callara. De ocho días acá, no acuden á la Iglesia más que viejos, mujeres y chiquillos; pero no á rezar, sino á gemir y á pedirme que traiga á sus hijos y á sus maridos á la buena senda. Y ¿cómo traerlos? Hablo á uno, reprendo á otro, amonesto á cuantos encuentro en la calle, predico desde el presbiterio en cuanto oigo toser hombres en la Iglesia; dícneme todos que hablo como el Evangelio; danme grandes esperanzas, y hácneme promesas muy formales de enmienda... Hasta he tratado de

ir á la taberna misma, para cogerlos con el delito entre las manos. ¡En hora feliz deseché el propósito juzgándole contraproducente! ¡Buena hubiera quedado mi autoridad en medio de la horda que anoche apedreó mi casa! Por fortuna, no estaba yo en ella, que había ido á acompañar á la pobre tía Piquera, á quien ayer sacramenté, y se veía sola y abandonada, porque el bárbaro de su hijo estaba en la taberna hecho una cuba, y la nuera en el molino desde por la mañana. De hallarme en casa, hubiera salido al balcón á cumplir con mi deber, protestando siquiera contra las horribles blasfemias que, según noticias, proferían aquellos cafres; y tal vez me hubiera tocado algún morrillo de los que me dejaron sin cristales, y hasta sin una ventana, que saltó hecha astillas. De manera, señor don Román, que no sé qué hacer en tan gravísimo trance.

—Y la autoridad, ¿por qué no toma cartas en el asunto?

—Ya las toma. Según me han dicho, el alcalde era uno de los que dirigían la serenata.

—¿Se convence usted de que sería inútil toda tentativa por nuestra parte?

—Ya; pero también cruzarse uno de brazos...

—¿Y quién se cruza? ¿No cumple usted con su deber predicando la verdad donde quiera que su palabra es respetada?

—Sí; pero...

—¿Ha de profanar usted su ministerio, luchando á brazo partido con borrachos y bribones?

—Pero usted, señor don Román...

—Yo, señor don Frutos, desautorizado por la calumnia para meter en la buena senda á los que de ella se han separado, no puedo hacer otra cosa que encerrarme en mi conciencia y librar á mi decoro de la afrenta de justificarme delante de esa canalla.

—Verdad es; pero muy triste.

—Más triste fuera, señor don Frutos, que de esta podredumbre sin ejemplo, no salváramos usted y yo... siquiera la dignidad.

—En fin, señor don Román, no insisto; pero yo no puedo callar.

—Ni debe usted tampoco, señor cura; pero cuide mucho de ver en qué terreno asienta el púlpito; pues no en todas partes tiene igual fuerza la palabra divina, aunque sea un santo el que la predique. ¡Y Dios quiera que antes de mucho no le nieguen á usted el respeto hasta en el altar mayor!

Don Frutos se separó de don Román, convencido de que no era empresa fácil hallar el acuerdo que fué buscando á su casa.

El domingo siguiente, es decir, dos días después de este suceso, se esperaba un sermón

fulminante á misa mayor, y la gente no cabía en la Iglesia. Don Frutos andaba muy lejos de pensar en defraudar las esperanzas de sus feligreses. Estuvo terrible. Acometió de frente el asunto, cosa que hacía raras veces; y no vaciló en afirmar que conocía los móviles de los que agitaban la discordia en pueblo tan feliz y venturoso. Hubo para los malévolos, para los ingratos, para los escandalosos, para los blasfemos; y pintó el cuadro de lo porvenir de Coteruco con los colores más patéticos y sombríos.

Observóse que los hombres que oían el sermón desde el cuerpo de la Iglesia, como si tuvieran horror á la luz que de lleno los hería, con el pretexto de hallar banco en qué sentarse, iban metiéndose, uno á uno, debajo del coro y en lo más obscuro. Cuando allí no cabía ya una pulga y el silencio era completo, Barriluco, que se hallaba acurrucado sobre unos ciriales tendidos debajo de la escalera, dijo á media voz, recogiendo un apóstrofe del cura á los maldicientes:

—¡Como yo te convidara á comer las asaduras de la becerra, ya hablarías de otro modo!

El dicho cayó en gracia, como toda desvergüenza, y el contagio de la risa fué avanzando, de onda en onda, hasta el altar mayor. Inspiróse don Frutos en la atrevida irreverencia para caer con nuevos bríos sobre los contumaces,

cuando apareció á la puerta de la Iglesia el perrazo de Patricio dando aullidos espantosos, porque de propio intento acababa Gildo de sacudirle dos estacazos tremebundos. Aterróse al pronto el auditorio, que no estaba en el secreto; y entre lo de «¡Echar afuera esa bestia!» «¡De poco te asustas!» «¡El demonio parece que anda suelto en Coteruco!» «¡Á ver si vos calláis!» «¡Mejor fuera arrasar la taberna!» «¡Pícaros!» «¡Silencio!...» y otras voces y otros clamores incómodos y perturbadores, don Frutos se vió obligado á suspender el discurso en lo más caliente, poniendo á Dios por testigo de que lo hacía «por no ver profanada la Cátedra de la Verdad por el demonio de la impostura y del sacrilegio.»

Los temores de don Román se habían realizardo. Los estragos de la conspiración llegaban ya á la Iglesia. La bola iba engrosando á medida que rodaba.

Contra aquella podredumbre no había otra defensa que separar lo sano de lo corrompido, para no perderlo todo. Pero ¿quedaba algo sano en el pueblo? ¿Quedaba algún espíritu sin contagiarse de aquella peste asoladora que iba invadiendo al vecindario de hogar en hogar, de corrillo en corrillo, hiriendo de muerte á los más rudos, despertando sospechas en los más avisados y excitando la curiosidad de todos?



XIV.

CÓMO ESTABAN LOS MEJORES.

Y ACONTECIÓ que Carpio y Gorión se encontraron en una calleja; Carpio con un rozón al hombro, y Gorión con un *peal* de hierro al brazo, por llevar las manos ocupadas en liar un cigarro. Y dijo Gorión parándose delante de su convecino:

—Ya que te alcuentro, Carpio, echa un misto si le tienes.

Carpio se descargó del rozón; y como no tenía mistos, echó una yesca. Encendió Gorión en ella, y, en buena correspondencia, ofreció su petaca de suela á Carpio, que medio la desocupó sobre la palma callosa de su mano izquierda; tomó, después de devolver la petaca, un papel de su propiedad, que sacó del bolsillo de su chaleco; y mientras bregaba con sus dedos para meter en tan angosta envoltura tal cantidad de tabaco, dijo á Gorión:

—¿Aónde vas por ahí, si se puede saber?

—Á la fragua voy, á dar una *calda* á este peal.
¿Tú, por las trazas, vas al monte?

—Sí, á rozar voy una *suerte* pa la corralá.

Chuparon ambos sus respectivos cigarros durante unos instantes, sin cambiar una palabra. Carpio se echó al hombro el rozón. Era señal de que se disponía á continuar su camino. Gorión le dijo entonces:

—Hombre... ya que aquí nos ajuntamos tan á mano, voy á decirte un sentir, si no te ofende.

—Pues tú dirás, Gorio,—repuso Carpio volviendo á bajar el rozón y cargándose sobre el asta.

Gorión, procediendo á la inversa, echóse al hombro el peal, alumbró tres chupadas al cigarro, que sonaron como tres bofetones, y dijo á Carpio:

—¿Á tí qué te parece de eso que se corre?

—Pero... ¿me lo preguntas, ó me lo vas á decir?

—Lo mesmo me da, Carpio.

—No soy de ese pensar, Gorio.

—Hombre... es que no quisiera engañarme.

—Pus aticuenta que yo tampoco.

—Y si, pinto el caso, el ditamen de un hombre de bien, como tú, le atajaba á uno su mal ver...

—Dí tu sentir, Gorio, que yo no te encultaré el mío...

—Pus, ya que te empeñas, dígame, Carpio, que de tres días acá, no sé de qué mano viene el viento, al auto de conocer á los hombres.

—¿Díceslo, Gorio, por esas voces que han salido de la taberna?

—Andando, Carpio. Allá me fuí una noche, por aquello de «¿aónde vas, Clemente?...» y yéndome allá, con ánimo de ver cómo se las manejaban esos botarates de la becerra ¡en jamás de los jamases otra igual aquí vimos!... arriméme, arriméme; y, amigo de Dios, oí las miles desvergüenzas de unos y otros, y á pique estuve, Carpio, de entrar á guantás con Barri-luco cuando le oí que tomaba en boca á don Román para afrentarle.

—Pus aticuenta, Gorio, que eso mesmo me aconteció á mí.

—Debió caer en ello Patricio, porque al otro día buscóme hacia la portilla de la mies... ¡y tales cosas me dijo!... ¡tales historias me contó!...

—Á mí me vino con los mismos ites y manejes.

—Dispués acá... no lo niego, Carpio, he vuelto á la taberna, y... vamos, te confieso que cada vez me da menos amargor lo que se cuenta de uno y otro... Á la verdá, que por allí andas tú también.

—No lo niego, Gorio; pero lo que yo digo

es que por más que se cuente y Patricio nos relate... ¡hay cosas, Gorio, hay cosas!... ¡te digo que hay cosas, que yo no las trago ni á jorcón!

—Bien está eso, Carpio, y lo mesmo me digo yo á mí mesmo para mí solo... pero luégo viene el dicho del uno y el del otro, y... vamos, se entontece el hombre.

—Pero, Gorio, pongámonos en lo justo; y lo justo es al respetive de lo que te voy á estipular: contra lo que uno tiene delante de los ojos y en la palma de la mano, ¿qué vale el decir de las gentes?

—Y ¿qué es lo que tú ves, Carpio, delante de los ojos y en la palma de la mano?

—Pus veo, Gorio, al auto de don Román, un favor en cada palabra.

—No está eso mal, Carpio; pero salta Patricio y dice, á lo mesmo, que al auto de cazar, unos cazan corto y otros cazan largo.

—No lo entiendo, Gorio.

—Quiere decirse que unos siembran para coger mañana, y otros el año que viene.

—Ponlo más claro, Gorio, si te paece.

—Póngolo, Carpio, ya que te empeñas: dicen que don Román hace los favores con su cuenta y razón; que si no los cobra mañana, los cobra el otro día, y á buena cuenta se lleva el respeto del vecindario, y, como quien dice,

el campar en Coteruco, que, al fin y postre, ha de ser de él de punta á cabo, por artes de la gente de soflama que manda en el gobierno de arriba... Dispués, Carpio, no es oro todo lo que reluce, según se ha venido á averiguar. Ya oistes jurar á Barriluco que era mentira lo de la caldera, y que para golverse á ella tuvo que vender su hacienda...

—Yo no creo á Barriluco por su palabra ni por sus juramentos, Gorio... Gentes hubo que vieron el ochentín en manos de la su mujer.

—Pero también se dijo, Carpio, allí mesmo, aunque muy al escucho, que bien podían tener todos razón, porque, por entonces, la mujer de Barriluco era una perla de guapa.

—¡Gorio!... eso es mal pensao, y tú no lo puedes creer.

—No lo creo, Carpio; pero rifiero lo que se estipula al auto.

—La verdá es, Gorio, si hemos de hablar, como el otro que dijo, al consonante de la reflexión, que en dando el hombre en cavilar, cavila los imposibles.

—¡Ahí está la jaba!

—Que las cosas se van viniendo ellas solas al magín; viniendo, viniendo... y jilando, jilando...

—¡Cuando yo te digo que sí!...

—¿Te acuerdas tú de cuando se le quemó la casa á Chisquín?

—Como si fuera ahora mesmo.

—Bueno; pues entonces recordarás que aquello se iba en pavesas, sin que naide atinara por ónde echarlo mano: Chisquín se jalaba del pelo, la mujer se esvanecía, los mozucos moqui-teaban, y nusotros mira que mira la hoguera... y ná. Llega, en éstas y otras, don Román con sus sirvientes y un demónchicos de bomba que había traído de Ingalaterra pa regar la huerta de banda á banda; forma la gente que andaba por allí; y unos por el pajar, otros por la cocina; unos por detrás, otros por delante; aquellas mujeres á la puerta, y estos muchachos á la bomba, y él al frente de todos con las llamas en las patillas, antes de dos horas se acabó la quema. Al otro día hizo de por sí mesmo el tanto más cuanto del ultraje de la casa, y le dijo á Chisquín:—«Ahí lo tienes en dinero para echarla arriba otra vez...» ¿Te enteras tú bien de esto que te rifero, Gorio?

—Como si lo tuviera delante de los ojos, Carpio.

—Pues escúchate y perdona: hablaba yo de lo mesmo á la hora con Barriluco, ponderando la caridá de don Román, y va y me dice:—«Calla, tocho, que todo eso es comedia... y cebo.»—«Pero hombre,» díjele yo, «¡el dinero, dinero es, y lo que don Román hizo en la quema, público fué, y á la vista está! ¿Qué le im-

portaba á él que la casa se quemara, si la casa es de Chisquín?» Auto á ello, me respondió de esta manera:—«¿No ves, tonto, que Chisquín le debe mucho dinero y muchos servicios, y al señorón le trae cuenta que el probe siempre tenga fincas, pa cobrarse él en su día, como se cobrará de tí y de mí?» Paecióme, Gorio, muy mal el dicho por entonces; pero ¿quién te dice á tí que da en venírseme al magín unos días hace desde que va uno oyendo esas otras cosas que se corren; y jilando, jilando!...

—¿No te lo decía yo, Carpio?

—Qué quieres, Gorio, yo...

—¡Como te ponías tan aquello, porque yo creía!...

—Pues ahí verás, que no andaba muy lejos de pensar como tú... sólo que me costaba mucho confesarlo, porque, á la verdá, me cuesta mucho creerlo... Pero va uno á la taberna... golpe en la taberna; va uno al corro... golpe en el corro; va uno á misa... golpe en el portal de la Iglesia. Tanto y tanto se ventea el dicho, amigo de Dios, que, ó matarlos ó creerlos. Yo no diré que sea bien hecho lo de la noche del señor cura... porque fué algo demás la bulla; pero si Gildo canta la verdá y el Estudiante no la enculta...

—¡Pus ese es el mate mío, Carpio!

—Y que no hay que darle vueltas, Gorio: si

lo del beneficio es ú no es, puede ponerse en pleito; pero lo que es lo otro... lo otro, en lo tocante á lo otro, la cosa no tiene escape.

—Y ¿cuál es lo otro, Carpio?

—Lo que se nos encultaba de la pulítica.

—¡Como que eso fué lo que á mí me abrió los ojos!

—Por ello empecé yo á cavilar en lo demás.

—Lo que al respetive nos ha estipulao Gildo por boca del Estudiante, es mucho cuento.

—Lo que yo digo es que habiendo en la pulítica tanto que nos importaba, no debió ese hombre cerrarnos los ojos al auto de ello.

—Pero es que cerrándolos nos dejaba á oscuras y á su mandato, y podía servir con nosotros á los señorones pudientes de arriba, que, en su día, han de servirle á él dándole la mitá del valle.

—¡Ajá!... y no podía uno salirle al encuentro con lo de que delante de la cara de los ensalzaos, todos semos iguales, y tan voto es el mío como el voto suyo, y tal anochece labrador, que puede madrugar intendente.

—Y que de mandar Juan á mandar Pedro, va el llevarle á uno los hijos al servicio, ó el dejárselos en casa; el pagar lo que pagamos en dinero, ó no pagar pizca de ello, como ahora se va á ver si trunfan los ensalzaos.

—Y ello ¿qué nos darán si trunfan?

—Por lo visto, mucho güeno.

—Falta nos hace algo de eso, que de majar terrones, harto está uno.

—Esa es la fija.

—Vaya, Gorio, que no te fué mal en la feria; vendistes, al último, las novillas en lo que quisistes, y á más apandastes un puñao de duros por la apuesta.

—Qué quieres, Carpio: empeñóse el hombre en que había de valer la suya, hasta en la crianza del ganao, y pagó la fantesía.

—Pus áatala al dedo, y vete jilando, Gorio... ¿Has vuelto á su casa?

—Á decirte verdá, cuatro días hace que no le veo.

—Y yo cinco.

—Dende que corren esas cosas, no sé qué cara ponerle, ni la que me pondrá él á mí sabiendo que estoy al tanto.

—Por igual me alcuentro yo, Gorio; y témome que dos cuartos de lo mismo les pasa á los demás... ¿En qué te paece á tí que parará todo esto?

—Malo lo veo, Carpio, si no trunfan los del Estudiante y ponemos aquí la ley; que aunque me duela mirar mal á ese hombre, tal se han puesto las cosas...

—El ite está en que yo le debo unos cuartos.

—Al que más y al que menos le sucede otro tanto.

—¿Y si pide?

—Con pagar se queda en paz.

—Ya; pero si falta, pinto el caso...

—De probes no hemos de salir.

—Verdá es eso.

—Y tanto da debérselo á él como á quien lo apura para pagarle.

—Cierto es también.

—Las cosas, Gorio, hay que ponerlas en su punto. Si nos da reses, buenas ganancias le dejamos; si nos da tierras, con su por qué las da... Verdá es que uno tenía siempre aquella puerta abierta; pero también nos íbamos con él aonde nos quería llevar, como rebaño de bestias, salva sea la comparanza y mejorando lo presente... Quiere decirse, Gorio, que aunque no le cobre uno la mala voluntá que se le ha descubierto, finiquitos estamos de cuentas á toas horas.

—Es de razón... ¿Vas esta noche á la taberna?

—Si ha de pedir uno parte en la becerra, no se puede faltar.

—Ya sabrás que se ha añadido un carnero.

—También le paga Patricio, según se corre.

—Hay quien dice que anda en ello la mano de don Gonzalo.

—Posibles tiene á manta de Dios, según se rifiere.

—Y á lo que se ve, es hombre de buena entraña.

—Pus tampoco era santo de la devoción de allá, ni había que mentar su nombre en la cocina.

—¡Pa que vayas jilando, Gorio!

—Dejémoslo estar, Carpio.

—Mejor será... Saca la petaca, si te parece.

Sacóla Gorió, hizo cada cual un cigarro, encendió yesca Carpio, y comenzaron los dos á dar sendas chupadas resonantes. Carpio volvió á echarse el rozón al hombro, y dijo:

—Si no mandas otra cosa, Gorio, vóime al monte.

—De razón es ya, Carpio: yo también me voy á la fragua.

—Entonces, á más ver, Gorio.

—Que haiga salú, Carpio.

